

MAR PETRYK

*Colores en la
oscuridad*



MAR PETRYK

*Colores en la
oscuridad*



Su voz me envuelve, me seduce, me protege, me seda.

—Voy a encontrar una manera de meterme bajo tu piel, Vico —susurra, robándome latidos, secándome una lágrima—. Voy a encontrar la manera de escuchar lo que sientes por mí, aunque no puedas decírmelo.

Siento el calor de su cuerpo aferrándose al mío, el adiós implícito en este abrazo.

«Voy a encontrar una manera de meterme bajo tu piel».

Mis piernas tiemblan, mi pecho arde, mi garganta se prende fuego.

Si supiera que no hace falta. Si supiera que se metió bajo mi piel la primera vez que me sonrió como si el mundo fuera mejor porque yo estaba en él. Si supiera que su tacto es imposible de borrar, que está ahí, como la tinta de mis tatuajes, recordándome aquello que no quiero olvidar.

Me aferro a mi ángel, el ángel de mis sueños, mientras todo a nuestro alrededor desaparece.

Los cuadros. La pintura. Los pinceles. Los bosquejos. Todo desaparece, solo quedamos nosotros.

Mi ángel y yo abrazándonos en la oscuridad.

—Vico. —La voz ya no es suave, ahora me perfora los oídos—. ¡Vico! ¡Vico!

Mis ojos se abren, adaptándose a la luz que llena la habitación. Hay un pitido constante en mi cabeza, mi garganta es un desierto. La resaca es el recuerdo de lo estúpido que fui anoche.

Distingo su cabello castaño, trenzado como siempre.

—Cierra la ventana y sal de mi cuarto, Blanca.

—¡Vico! —Mi hermana me sacude cuando vuelvo a enterrar la cabeza en la almohada—. ¡Vico! Papá encerró a Valentín. ¡Lo encerró otra vez!

Fuego asciende por mis piernas, retuerce mis huesos, enciende mis venas. Me levanto de un salto, la Tierra gira bajo mis pies.

Busco los ojos verdes de mi hermana, asustados, más grandes que nunca.

—No salgas de mi habitación hasta que venga a buscarte.

Blanca asiente, sus pequeñas manos aferrándose al guardapolvo de la escuela.

Con cada escalón que me acerca a la sala, los gritos van tomando forma, volviéndose palabras que se clavan como dagas en la piel de esta *familia*.

—¡Volvió a tirar la puta botella! —El demonio encarna la voz de mi padre—. ¡El retardado no puede traerme una puta botella sin estrellarla contra este mugroso suelo!

—Es un niño, Santos. —La voz de mi madre es pánico y dulzura—. No tiene fuerza, se le resbaló, fue un accidente. Dame la llave, por favor...

—¿La llave? No pienso darte la puta llave, no pienso sacarlo de ese mugriento sótano en todo el puto día. Y que no te vea intentar pasarle comida por debajo de la puerta, ni una mísera galleta, porque te juro que te encierro con él.

La madera cruje bajo mis pies cuando me detengo en el último escalón. La mirada borracha de mi padre me sonríe.

—¡Ah! ¡Miren quién se despertó! ¡El artista de la casa!

Inhalo profundo, avanzo despacio hasta colocarme delante de mi madre. Sus manos tiran con suavidad de mi brazo, intentando invertir los roles.

—Dame la llave.

El llanto angustiada de Valentín acaricia las paredes, se detiene en cada esquina.

Una sonrisa venenosa crece en la cara del hombre que tanto aborrezco, ese cuya sangre calienta mis venas.

—Vas a tener que sacármela si la quieres, muchacho.

Da un paso al frente, otro atrás, apenas puede mantenerse de pie.

—La última vez te rompí la cara —le recuerdo con la voz muerta, a pesar de que mis manos tiemblan.

—¿Crees que le tengo miedo a un renacuajo como tú?

Su asquerosa risa se mezcla con el llanto de mi hermano enloqueciéndome.

—Amor, por favor, sube a tu habitación —mi madre suplica en un susurro, sus dedos perforan la piel de mi muñeca—. Yo lo arreglo, ve a prepararte para la escuela. Yo...

—¿Vas a venir o no? —Santos me provoca sacando la llave del bolsillo de su pantalón, moviéndola como un péndulo delante de mis ojos—. Acá está tu llavecita, maricón.

Mi cuerpo se endurece, la palabra me transporta.

—¿Qué es esta mierda? ¿Dibujitos? ¿Pinturitas? —*Un golpe seco, mis acuarelas se pulverizan contra el suelo*—. ¿Así que quieres ser artista? —*papá escupe la palabra con asco*—. ¿Piensas que los dibujitos te van a dar de comer? ¿Eh?

Agarra mi carpeta de dibujos y, uno por uno, comienza a destruirlos.

—¡No!

Mi grito no lo detiene; mi angustia, tampoco.

—*Marica. —El odio en su voz cierra mis ojos, aprieta mi garganta—. Putito... —Ríe—. Artista...*

—¡Ludovico, por favor! ¡Basta! —Sé que es mi madre, sé que hay lágrimas en su voz—. ¡Por favor, lo vas a matar! ¡Ya está, ya está!

La bruma roja comienza a disiparse, dejándome sentir su sangre en mis dedos.

Mi pecho sube y baja al ritmo de una bestia; hay lágrimas en mis ojos y rabia en mis venas.

Miro alrededor, el rostro pálido de mi madre. Miro hacia abajo, estoy sentado sobre el cuerpo vapuleado de mi *padre*.

Otro llanto agudo y terrorizado se une al de Valentín. Mis ojos siguen el sonido hasta encontrarse con Blanca, acurrucada en la mitad de la escalera.

Mis piernas tiemblan cuando me levanto y busco la llave que mi padre tiró en algún momento de la bruma roja.

Mamá corre y abraza a mi hermana con fuerza, como si el infierno fuera a tragarse la casa, como si el fuego por fin nos reclamara.

Me limpio las manos con el pantalón mientras me acerco al sótano temblando como una hoja en el viento. Apenas abro, Valentín corre hacia mí.

—Yo no quise —solloza contra mi pecho— no quise romper su botella, pero estaba mojada y fría y...

—Shhh... —Mis brazos lo rodean, temo que el sótano nos engulla para siempre—. No fue tu culpa, nada es tu culpa. —Busco sus ojos, el reflejo de los míos—. Los niños no tienen por qué llevarle alcohol a sus padres, ¿me escuchas? Tú no tienes que llevarle nada, no tienes que encender sus cigarrillos, no tienes que...

La mano pálida de mamá aterriza sobre mi hombro.

—Quiero que se vayan —susurra—. Vayan a la escuela antes de que despierte.

Beso la cabeza de Valentín, lo dejo ir.

Estoy a punto de salir, pero lo escucho, el sótano susurra mi nombre. El sótano me reclama, la oscuridad me extraña.

Miro los dibujos en las paredes, me pierdo en cada rostro, cada atardecer, cada monstruo.

El hambre no me deja dormir, el frío me hace cosquillas en los brazos.

Quiero hacer pis. Quiero salir. Quiero que mamá me lea un cuento y duerma conmigo. Pero él dijo que me porté mal, dijo que era un maricón bueno para nada. Pero sí soy bueno en algunas cosas. Soy bueno para dibujar y pintar, soy bueno en la escuela, soy bueno con mamá y nunca nunca ensucio mi ropa. Pero papá dice que soy un putito. No sé qué es eso, pero suena feo cuando lo escupe en mi cara. Casi tan feo como su aliento.

Dos golpecitos.

Mamá.

Me arrastro en la oscuridad hasta llegar a la luz que se filtra por debajo de la puerta.

—Voy a sacarte pronto, bebé —susurra. Está llorando. Odio que mamá llore, pero papá la hace llorar todo el tiempo. Ella dice que él no es malo, que solo está muy triste—. Te amo.

Dos tizas ruedan por debajo de la puerta. Una azul, otra rosa.

—Te amo, mami —susurro en la oscuridad.

Caminan más rápido de lo que sus cortas piernas les permiten, pero me siguen el ritmo. Ellos siempre me siguen el ritmo.
—¿No te van a decir nada por tu ojo violeta? —La preocupación se acomoda entre las cejas claras de Blanca.

—Deja de preocuparte por eso, peque.

—¿Te duele?

—No. —Aprieto su mano, también la de Valentín—. ¿Qué hacemos antes de cruzar?

—Mirar hacia los costados —dicen al unísono.

—Muy bien.

Miramos a cada lado antes de cruzar, Blanca avanza dando saltitos sobre los charcos que dejó la lluvia.

Encuentro los ojos húmedos de mi hermano mirándome.

—Estoy bien. —Sonrío, intentando evitar que se sienta culpable—. Además, esto me ayuda con las chicas. —Me señalo el ojo golpeado—. Me hace irresistible.

—¿Qué es irresistible? —pregunta Blanca, girando sobre sus zapatos viejos.

—Ah, ya tienes algo para preguntarle a tu maestra apenas entres...

—¿A las chicas les gustan los ojos violetas? —Hay curiosidad en la mirada de Valentín.

Sonrío.

—Mmm... Depende. Un día tú y yo hablaremos de chicas, campeón.

Me arrodillo cuando llegamos a la escuela, acomodo los abrigos de los gemelos y aprieto suavemente sus mejillas.

—Voy a estar esperándolos a las cinco en punto para ir a casa, ¿sí? Si no me ven, me esperan. No se mueven de aquí hasta que llegue. ¿De acuerdo?

Asienten.

Blanca se prende a mi cuello como un mono y besuquea mi mejilla, mi hermano me choca el puño.

Veo cómo se alejan a paso lento, con sus pequeñas cabezas llenas de caos. Me relajo cuando desaparecen por la puerta. Mientras estén aquí, van a estar a salvo. Mientras estén aquí, solo son niños de seis años. Mientras estén aquí, no hay monstruos.

Me pongo la capucha y apuro el paso, mi vieja chaqueta de cuero no tiene cómo ganarle la pelea al invierno.

Cuando llego a la cafetería sé lo que me espera antes de escucharlo.

—¿Otra vez, Vico? —El señor Molina, el dueño del lugar, me señala el rostro—. Te dije que no podías venir así a trabajar, no puedes atender a los clientes con el ojo morado... ¿Qué van a pensar? ¿Qué imagen está dando mi local? —Niega con la cabeza, hay lástima en su mirada—. Vuelve a casa, hablaremos cuando puedas mirarme con los dos ojos.

—Por favor, no puedo volver. —Lo persigo detrás del mostrador, ignorando a la gente que me mira—. *Necesito* trabajar —casi susurro—. Necesito las propinas, por favor...

Molina inhala profundo, cansado de mí y de mis excusas.

—No sé en qué estás metido, Vico, no sé qué te pasa, pero llegas a venir con el rostro magullado una vez más... —Me da mi delantal—. Y se termina. ¿Soy claro? Me caes bien y me apena tener que ponerme firme con esto, pero es mi negocio, todo mi sacrificio, y esto... —Señala mi ojo—. No es lo que quiero y estoy seguro de que tampoco es lo que te mereces.

—No se va a repetir.

Sonríe, pero se ve triste.

—Eso dijiste la primera vez.

Agacho la cabeza, no puedo seguir mintiéndole en la cara.

—¿Qué mesas me tocan?

—Hoy no te tocan las mesas, no así. Vas a la cocina de lavaplatos.

—Pero...

Una mirada, me callo.

Me pongo el delantal y entro a la cocina. Lavo la vajilla, fregándola con furia, con odio, hasta dejarla reluciente.

Mientras estoy en la cafetería intento no pensar en nada más, pero las deudas se acumulan, me ahogan. El trabajo de medio turno de mamá en el taller de costura no alcanza, tampoco el mío, tampoco las propinas. Desde que mi padre perdió su empleo, y gasta lo poco que tenemos en alcohol, la casa se viene abajo. Se hunde igual que nuestra *familia*.

Agarro dos bolsas de basura y empujo la puerta trasera. Las tiro y me sacudo las manos.

—¿Vico?

Esa voz. *Su voz*.

Todos mis músculos se tensan, mi piel se eriza. Giro.

Ahí está, con su abrigo rojo hasta las rodillas, el pelo castaño cayendo en ondas suaves sobre sus hombros, los ojos de miel grandes y descansados, libres de preocupaciones. Perfecta.

No me hace falta estar más cerca para saber que huele a jazmín. No me hace falta estar más cerca para saber que me muero por besar su boca.

—Qué... —Deja caer su mochila, destroza la distancia que nos separa—. ¿Qué te pasó?

Las puntas frías de sus dedos tocan mi piel y lo siento, siento cómo me rompo. Me astillo. Me ahogo en lágrimas silenciosas.

Mis párpados se cierran, disfruto de esa caricia que no merezco.

Mi corazón bombea enloquecido, cada célula de mi cuerpo la reconoce.

—Vico, ¿qué...?

—No es nada.

Me alejo antes de que sea demasiado tarde, antes de no poder hacerlo.

Frunce el ceño en una mueca casi dolorosa, su preciosa boca se abre para decir algo, pero termina respetando el silencio extraño entre los dos.

Sigue ahí, de pie, mirándome como si quisiera abrazarme, como si quisiera tocarme, como si quisiera hacer todas esas cosas para las que fuimos destinados.

—Hace semanas que no te veo en la escuela. ¿Por qué no vienes?

—No importa si voy o no, si saco un diez o un uno, voy a repetir el curso.

¿Es angustia lo que cruza sus bonitos ojos?

—Es nuestro último año, Vico. *Tu* último año. ¿Y la Universidad de Arte?

Desvió la mirada.

—La universidad no es para mí.

—¿Qué estás diciendo? —Se acerca, su mano busca la mía y me quema. Su tacto me quema—. Tus dibujos son increíbles, tus técnicas, tus...

—¿Y tú? —la interrumpo, incapaz de escuchar una palabra más sin derrumbarme—. ¿Por qué no estás en la escuela?

Mira nuestras manos unidas, siente cómo crean un mundo. Lo sé, también lo siento.

Se aleja despacio, dejándome vacío otra vez.

—Quedé con Bruno para... —Florece sus mejillas, delatándola—. Nosotros...

El oxígeno es un recuerdo.

Mi sangre hierve.

—¿Bruno? ¿No había *nadie* mejor, Alma?

—Estoy intentándolo. —Hay furia y dolor en su mirada—. Estoy haciendo lo que me pediste que hiciera, estoy tratando de...

—Lo lamento.

No soporto ver sus ojos húmedos. No soporto sentirme tan... impotente. No puedo.

—Tengo que seguir trabajando.

Asiente, retrocede un paso.

Me obligo a moverme, empujo la puerta.

—Vico.

Dejo escapar el aire por la boca antes de enfrentarla otra vez.

—¿Estás bien?

Me mira como si me estuviera leyendo. No es una pregunta más, no espera una respuesta automática. Espera que le cuente qué le pasó a mi ojo, espera que le diga por qué lloro por las noches, espera que le explique por qué siento que me ahogo cuando me mira así.

—Nunca estuve mejor.

La miel en sus ojos se funde con la oscuridad en los míos. Es una batalla silenciosa.

—Me alegro —susurra.

Mis pulmones no sirven. No me muevo. Solo la observo hasta que se pierde entre los edificios.

«Voy a encontrar una manera de meterme bajo tu piel. Voy a encontrar la manera de escuchar lo que sientes por mí, aunque no puedas decírmelo».

La angustia juega con mi pecho.
«Estoy intentándolo. Estoy haciendo lo que me pediste que hiciera...».

Alma dejó de buscar un lugar bajo mi piel.
Alma dejó de buscar una manera de escuchar cómo mi corazón late por su nombre.
Alma se dio por vencida.
Supongo que tengo lo que quería.